

Cleusa Carolina Rody Coehlo

SANGRE DERRAMADA

Rosalina Menegheti, MAR

LÁMPARAS ARDIENTES
agustinos **recoletos**

Editorial: AVGVSTINVS
Depósito legal: M-35198 - 2015
ISBN: 978-84-85096-76-3

Imprime: Campillo Nevado S.A.
Antonio González Porras, 35-37
28019 MADRID

Impreso en España / *Printed in Spain*



Índice

1	TRAYECTORIA BIOGRÁFICA.....	5
I.	ASÍ COMENZÓ SU VIDA	5
II.	RASGOS DE LA HERMANA CLEUSA.....	7
III.	EL CAMINO DE SU VOCACIÓN RELIGIOSA	8
IV.	MISIONERA AGUSTINA RECOLETA	10
	Como misionera	11
	Como agustina	17
	Como recoleta	19
V.	EN EL SURCO: PARA QUE ÉL REINE	21
VI.	RELACIÓN CON OTRAS IGLESIAS	23
VII.	SU PASIÓN POR LOS INDÍGENAS	24
	Contexto histórico de Lábrea.....	25
	Participación de la iglesia	28
VIII.	LA ENTREGA FINAL DE SU VIDA	28
IX.	TESTIMONIOS SOBRE LA HERMANA CLEUSA	33
X.	EL MUNDO DE LA HERMANA CLEUSA (TESTIMONIO EXCEPCIONAL)	38
XI.	PROCESO DE CANONIZACIÓN	42

4 índice

2 POR SUS ESCRITOS	46
FRASES DE LA HERMANA CLEUSA	46
CARTAS DE LA HERMANA CLEUSA	47
3 HITOS DE UNA HISTORIA	55

Trayectoria biográfica

I. Así comenzó su vida

La hermana Cleusa Carolina Rody Coelho nació el 12 de noviembre de 1933, en Barra de Itapemirim, municipio de Cachoeiro de Itapemirim, Estado de Espírito Santo (Brasil), donde también nació su coterráneo, el gran cantante Roberto Carlos, conocido mundialmente por sus canciones. Una de ellas dice: “Yo quiero tener un millón de amigos y así más fuerte poder cantar”. Esto quería la hermana Cleusa: que todos fueran amigos y juntos pudieran cantar, viviendo una vida de paz fundamentada en la justicia.

Sus padres fueron Jair Moreira Coelho y Francisca M. Rody Coelho. Aquel fungía como funcionario públi



Foto de la Hna. Cleusa enviada a una amiga. 1949.

co y esta se dedicaba a la atención del hogar. La hermana Cleusa ocupó el tercer lugar de los ocho hijos del matrimonio. Estos fueron: Cléa, Luisa, Cleusa, Jairo, Luiz, Dulcino, Jairy Ana Lúcia.

Fue bautizada el 7 de julio de 1935 en Barra de Itapemirim, en la parroquia 'Nuestra Señora del Amparo', diócesis de Espírito Santo, como consta en el libro XXXIII, hoja 23v, nº. 282. Fueron sus padrinos Juan R. Soares y Cândida R. Soares. Hizo su primera comunión en el año 1944 y fue confirmada en 1951.

Al llegar a la edad escolar, fue matriculada en el colegio 'Juan Bley', de Itapemirim, donde sus padres vivieron algún tiempo. Al cambiar su residencia a Cachoeiro de Itapemirim, se matricula en el grupo escolar 'Bernardino Monteiro', donde termina la primaria. El bachillerato y el magisterio los cursa en el liceo 'Muniz Freire', recibiendo el título de maestra el 22 de noviembre de 1951.

Dicen de ella que era muy estudiosa e inteligente. Por dos años consecutivos obtuvo la medalla de oro como mejor alumna. En todas las materias sacaba notas altísimas. Fue muy estimada por profesores y compañeros, debido a su conducta y responsabilidad. Ponía sus conocimientos a disposición de sus compañeros y siempre se mostraba dispuesta a ayudarlos para que rindieran provechosamente en sus estudios.

En casa decía su madre que, cuando repartía los quehaceres domésticos, Cleusa era la que mejor asumía los compromisos, mostrándose siempre dispuesta y alegre. De su niñez y adolescencia no se tiene mayor conocimiento, pues era una niña normal, como las demás.

II. Rasgos de la hermana Cleusa

Cleusa era agraciada, suave, cariñosa e inteligente. Siempre alegre, contagiaba a los demás con su entusiasmo. De personalidad bien definida, se destacaba por su firmeza de carácter, su riqueza de sentimientos humanos y su visión de conjunto del mundo y de los valores cristianos.

En virtud de lo primero, cuando tomaba una decisión, no descansaba hasta llevarla a cabo. Era de opiniones claras y precisas, y daba importancia a aquello que creía que debía realizar. No se conformaba con el 'más o menos'. Era radical en su conducta y flexible en sus acciones. De gran sentido crítico, no se dejaba llevar fácilmente por las opiniones al uso. Solo aceptaba cuando lo que le proponían la convencía plenamente.

Era consciente de lo que decía y hacía, y preparaba y organizaba muy bien su trabajo. Se dedicaba al estudio con tenacidad y diligencia. Tenía muy buena memoria y se desenvolvía con soltura en cualquier circunstancia de la vida. Era líder por naturaleza, ya que, a su capacidad organizativa, añadía mucho y buen espíritu de iniciativa.

En el ámbito afectivo, era recatada y equilibrada en sus expresiones externas. Manifestaba su carácter sereno y siempre se volcaba hacia los demás.

Sirva como retrato de la hermana lo que un compañero suyo de estudios escribió sobre ella:

Ella, por su educación, era silenciosa y tenía una voz suave. Muchas veces en el entorno de su clase ni la notábamos. Sin embargo, cuando no iba, se la echaba en falta,

ya que el silencio, en su ausencia, desaparecía en la sala de clase.

III. El camino de su vocación religiosa

La llamada de Dios a la vida religiosa se le manifestó a Cleusa después de ver, en su pueblo natal, una presentación de filminas acerca de la misión de Lábrea (Amazonas, Brasil) y de asistir a la charla del obispo de dicha prelatura, el agustino recoleto Mons. José Álvarez.

Cuando Cleusa expresó a sus padres el deseo de ingresar en la vida religiosa, recibió una fuerte oposición, sobre todo porque, en aquel momento en el que acabada brillantemente su carrera de maestra, podía elegir el lugar de trabajo que quisiera como premio a su inteligencia y sacrificio estudiantil. Por aquel entonces los ingresos por el ejercicio del magisterio habrían venido muy bien a sus padres como ayuda económica. Además, su padre quería que Cleusa continuara los estudios.



*Hna. Cleusa como postulante (1952).
Isla de las Flores, RJ, Brasil.*

Pero, al ver la clara decisión de su hija, sus padres accedieron y, por escrito, dieron su consentimiento. Su madre la acompañó has-

ta la casa noviciado en la Isla de las Flores, en San Gonzalo, Estado de Río de Janeiro. Escoge la congregación de Misioneras Agustinas Recoletas al tener conocimiento de ella por un prospecto que le da fray Narciso Irigoyen OAR, párroco por aquel entonces de la parroquia de Cachoeiro de Itapemirim. En la presentación de la candidata a la vida religiosa, el 25 de diciembre de 1951, dicho religioso se expresa con estas palabras:

Declaro que ha sido una muchacha de costumbres correctísimas, distinguiéndose por su modestia y piedad entre las Hijas de María de la Pía Unión de esta parroquia, siendo estimadísima por sus profesores por su aplicación y respeto a sus maestros. No existiendo nada que impida su ingreso en la vida religiosa, muchas son las virtudes que se pueden recomendar.

Inicia el postulante el 4 de febrero de 1952 y el 2 de octubre del mismo año ingresa al noviciado, también en la Isla de las Flores. Estando ya con las hermanas, su padre envió un sobrino para que la visitara, con la misión de traerla de vuelta a casa. Mas este, al ver la alegría y felicidad de Cleusa, no le reveló la misión que le habían confiado.

Emite los primeros votos en el mismo lugar el 3 de octubre de 1953 y cambia su nombre por el de María Angelis Coelho de San José. Hace la profesión perpetua en la parroquia del Inmaculado Corazón de María, San Silvano, Colatina, Estado de Espírito Santo, el 3 de octubre de 1958.

Más adelante, ya como religiosa, recibe la licenciatura plena en letras anglo-germánicas, en la Universidad Fe-

deral de Espíritu Santo, en diciembre de 1964. Concluye el curso superior de religión en 1968 y sus estudios de teología en 1972, estos últimos en Vitória, Espírito Santo.

IV. Misionera Agustina Recoleta

Cleusa era una mujer equilibrada, sencilla, servicial, disponible, preparada, recatada, profunda, amable, educada, alegre, cariñosa, pobre, trabajadora, respetuosa... Siempre estaba en constante búsqueda para responder a las exigencias del Padre y a las necesidades de los hermanos, en especial de los más pobres.

Entregada a Dios por completo; libre en el amar, el pensar y el actuar; valiente en la entrega, la donación y el riesgo; realizada en su vocación y, sobre todo, humilde. Ella no tenía nada que perder, se había vaciado de sí y por eso estaba llena de Dios.

Al preguntarle por las dotes humanas más desarrolladas, dijo: "La voluntad, el amor a todos: Dios, los hermanos, la naturaleza". Y sobre los trabajos por los que sentía mayor inclinación, respondió: "Servir a los más necesitados, sea como enfermera, educadora, como hermana de todos". Hizo constar que la acción apostólica que más le gustaba era la pastoral con los jóvenes y adultos. Solo vivía para que Dios reinara.

Este era su problema: él no podía reinar donde hubiese injusticia, odio, miseria infrahumana, pecado. Por ello se veía en la obligación de luchar para romper con el mal. Esto en teoría funciona muy bien, tanto a nivel personal como comunitario; pero en la praxis es un problema.

Existen roces, incomprensiones, dificultades, conflictos e incluso, según el punto de vista desde donde se mire, podría parecer que hubiese inversión de valores.

Se requiere de una gran madurez para aceptar las diferencias y no caer en intereses ni evasiones. Lo importante es dar a conocer a Jesús, para que 'él reine'. Estas siete letras definen la meta de la vida de Cleusa. Veamos cómo vivió su espiritualidad conforme al carisma de las MAR.

Como misionera

Como misionera, potenció el compromiso bautismal y su consagración religiosa, cooperando en la extensión y dilatación del cuerpo de Cristo para llevarlo a la plenitud (cf. Ef 4, 13). Libre de impedimento y disponible para anunciar el reino, realizó las actividades que la Iglesia, a través de la congregación, le encomendó (cf. CC 4).

El ser misionera es una característica particular de la hermana



Hna. Cleusa visitando a los presos en Manaus, AM, Brasil, 1974.

Cleusa a lo largo de toda su vida. Ya se ha comentado cómo unas filminas sobre la misión de Lábrea la impactaron y despertaron en ella su vocación misionera.

De niña hizo la primera comunión y era asidua a las misas dominicales, a las que llevaba a sus hermanos y primos, lo que significa que su convicción de ser cristiana era tan fuerte que arrastraba a la familia.

El sacramento de la confirmación lo recibió de manos del agustino recoleto monseñor José Álvarez Macua, primer obispo prelado de Lábrea, quien se encontraba en la ciudad visitando a sus hermanos agustinos recoletos. ¿Coincidencia o caminos que el Padre abre en la vida de esta joven?

Terminados sus estudios y teniendo por delante un futuro prometedor, Cleusa decide ingresar en una congregación misionera. Dedicó sus primeros meses como religiosa a la catequesis y a la enfermería en la misión de la Cruz, Río de Janeiro. Posteriormente fue destinada a Lábrea, donde con otras dos hermanas abre la escuela Santa Rita.

Los trabajos para las jóvenes religiosas, en aquellos inicios, fueron arduos, dadas las distancias, el aislamiento, la pobreza, la falta de recursos, un clima inhóspito, etc. Frente a las innumerables dificultades, la hermana Cleusa siempre brindaba una sonrisa y una palabra de confianza en Dios, segura de que la misión saldría adelante. Allí, además de poner en funcionamiento la escuela, fue directora, profesora y catequista. Vivió en un lugar de innumerables desafíos, que afron-

tó con fe y espíritu optimista, colocando sus cualidades al servicio de la misión.

Después de algunos años, fue enviada a Colatina, donde ejerció como catequista y profesora. Allí emitió su profesión perpetua, confirmando así su entrega definitiva a Dios y a los hermanos.

Posteriormente la congregación se estableció en Vitória, capital de dicho estado, donde se abrió otro colegio. La hermana Cleusa, además de trabajar como profesora, cursó letras anglo-germánicas y se integró en la coordinación de la JUC (Juventud Universitaria Católica). Preguntada por qué aceptó esa responsabilidad, respondió que era para estar más cerca de los jóvenes y poder orientarlos en la asunción de la vida cristiana.

Visita a los enfermos de un hospital cercano a la casa con la finalidad de acompañar sobre todo a los extranjeros, pues domina el portugués y el español, sabe inglés, conoce el francés y el italiano, entiende el alemán... Se preocupaba de si necesitaban algo o simplemente conversaba con ellos, para que no se sintieran tan solos. En una de estas visitas se encontró con un marinero filipino, a quien prestó toda suerte de ayuda. Años más tarde, tras la muerte de Cleusa, este hombre pasó por Vitória y fue a visitar a su bienhechora. Al enterarse de su muerte, prorrumpió en llanto y exclamó: “¡No merecía una muerte tan cruel!”.

Vemos a Cleusa entre los necesitados, buscando al más limitado. En este caso, el enfermo extranjero, sin familia, sin patria. Con los recursos de los que dispone, algunos idiomas, se puso a su servicio y los socorrió en

sus necesidades. Cumplió aquello de: “Estuve enfermo..., era extranjero y me ayudaste” (Mt 25, 35-36).

Cuando llega a Lábrea por segunda vez, además de directora del colegio, profesora y catequista, visita a encarcelados, indios, leprosos... Tanto estos como los indios eran los más pobres entre los pobres: unos por su enfermedad, que podían transmitir y por la que debían alejarse de la ciudad; los otros por su raza y la conciencia de que eran peligrosos. La discriminación saltaba a la vista: no podían ir al banco, ni al mercado, ni a comercio alguno. Tampoco a la Iglesia. Pues bien, ellos son fiel reflejo del mundo de Cleusa: los excluidos, los que no cuentan, los que no producen, los que tienen una enfermedad en el cuerpo, los que son diferentes.

Dom Hélder Cámara decía que la ‘misión es siempre partir’. Y Cleusa parte otra vez para Vitória, y después para Manaus, a fin de abrir un nuevo frente de misión en la capital del Amazonas. Nada más llegar, escribe: “Ya nos instalamos en esta casa. ¡Ojalá nosotras no nos dejemos instalar!”.

Busca trabajo para la manutención de la comunidad y asume el de profesora de religión en una escuela pública. La comunidad vive cerca del centro de la ciudad y del puerto, lugares ambos de grandes contrastes. Por las calles vagaban niños, víctimas de la droga. En el ancladero, mujeres escuálidas, prostitutas. Otra vez el campo está abierto. Muchas resultan las necesidades y el tiempo no alcanza para todo. La hermana Cleusa, muy humana, se dedica sobre todo a los niños de la calle y a sus familias. Las visita, fomenta el encuentro, se desplaza a la cárcel...

Vive totalmente dedicada a orientarlos, enseñarles la palabra de Dios y comprometerlos en sus tareas.

A la hermana Lourdes le escribe así el 13 de enero de 1977:

El día de Navidad y Año Nuevo tuve la compañía de algunos chicos, salidos de la Delegación de menores. Ayudaron a limpiar la iglesia. Hicimos fiesta juntos por la noche. Una experiencia interesante: compartir con los pequeños marginados, sentirse hermana realmente de ellos, oírlos, comprenderlos. Después de esto, ya volvieron a la cárcel otras veces, pero saben que cuentan con una.

Y en la carta del 6 de noviembre del mismo año se lee:

Con los adultos de los martes, organizamos una visita festiva a los pequeños en la cárcel de menores, en el 'Día de los Niños'. Fue una felicidad para todos: salida para otra sala, comida, refresco, charlas, oración...

La hermana hacía todo movida por el evangelio y sentía el dolor de los pequeños. En otra carta a la hermana Lourdes, esta vez del 4 de mayo de 1978, afirma:

Cristo es el ofendido en la persona del menor, nuevamente expuesto al hambre y a otros daños peores. Tenemos que construir fraternidad, es necesario, pero la justicia tiene que estar en la base de toda convivencia.

La hermana Cleusa regresa por tercera vez a Lábrea en 1979 como directora de la escuela Santa Rita y resume el trabajo en medio de sus preferidos: leprosos, indígenas, pequeños, enfermos, ancianos, encarcelados...

La oposición a los indígenas era cada vez más tensa: muertes, enfermedades transmitidas por los invasores, llegada de terratenientes que, apoyados por las autoridades locales, ocupan sus tierras sin piedad... La Iglesia de Lábrea toma posición. En las sucesivas asambleas, la pastoral indigenista figura como una de sus prioridades, tal vez la más exigente. La hermana Cleusa se ofrece para trabajar en ella, quedando a la disposición de la prelatura. Con frecuencia visita las aldeas, orienta a los indios en sus derechos, les habla del bautismo y de la vida cristiana, y ellos acogen el mensaje y piden bautizar a sus niños.

He aquí algunas lecciones vivenciales del evangelio que nos legó Cleusa a lo largo de su vida:

Fue tenaz su fe, entregó su vida a Dios, derramando su sangre en favor de la paz y la justicia, sobre todo entre los pueblos indígenas donde ella vivía. Por eso don Pedro Casaldáliga le concedió el título de 'mártir de la causa indígena', y verdaderamente creemos que lo es, pues sus últimas cartas revelan su persistencia en la búsqueda de los derechos de los indios, su compromiso radical con la causa y sus consecuencias. Las personas que la conocieron, que sabían de su trabajo, al ser informadas sobre cómo fue asesinada, fueron unánimes en afirmar: "Es mártir de esa causa". "El testimonio supremo". "¿Mártir? ¡Sin lugar a duda!". "Su muerte por la causa indígena es continuación de una vida totalmente entregada a los más necesitados. Vivía para los demás hasta entregar su última gota de sangre... Lo hacía todo por amor a Dios y a los demás, como cristiana y religiosa". "El profundo amor a Dios expresado en la persona del hermano culminó, ahora como siempre, en el martirio y en la cruz". "Los mártires siempre

me impresionaron... Igualmente nuestra hermana Cleusa, que con su sangre no solo tiñó, sino que bendijo las abundantes aguas de la Amazonía”¹.

Como agustina

La hermana Cleusa procuró vivir lo que indica la regla de san Agustín: habitar unánimes y concordantes en la casa del Señor, teniendo una “sola alma y un solo corazón dirigidos hacia Dios” (reg. 1, 2). Por eso, en ella no había distinción de raza ni color. Vivió en fraternidad y la ofreció



Hna. Cleusa junto a un grupo de hermanas MAR que finaliza una Asamblea. Comunidad casa de Formación para religiosas. Cariacica, ES, Brasil, 1985.

¹ *Hermana Cleusa Carolina Rody Coelho. Misionera Agustina Recoleta, Madrid 2010, 26.*

a todas las personas que tuvieron la suerte de compartir con ella momentos especiales de su vida, de su amistad, tanto en lo material como en lo espiritual.

Vivió la vida religiosa en la Iglesia según el espíritu de san Agustín, expresado en la *Regla*, que invita a poner todo en común y a compartir (cf. *reg.* 1,3). Ella así lo expresó con la comunidad y con los pobres.

Como miembro de una comunidad agustiniana, Cleusa asumió con responsabilidad este espíritu, participando de los cursos, retiros y encuentros promovidos por la congregación. Su presencia en la comunidad era siempre constructiva, valoraba a las hermanas, realzaba lo positivo de cada una, lo que contribuía al crecimiento de todas. Su manera de ser alegre y su forma de compartir, comentar, dialogar, sugerir y cuestionar, siempre enriquecía la comunidad, a la cual se sentía unida.

Una tarde volvía con otra hermana de una visita a los indios, se dio cuenta de la hora y, previendo que no llegarían para rezar con la comunidad, dijo: “Es la hora de rezar el rosario, y las hermanas lo están rezando. Nosotras también podemos hacerlo mientras caminamos hacia la casa”. Y empezó a rezar el rosario.

Como expresa la hermana M^a. Lourdes Carvalho:

La hermana Cleusa vivió profundamente el carisma de la recolección: el espíritu agustiniano. No se detenía solo en la observancia de lo prescrito, iba siempre más allá, en una donación realmente de amor, en la vivencia de su vocación. Ciertamente, nunca habrá negado algo a Dios conscientemente.

Como recoleta

La hermana Cleusa también fue fiel al espíritu de la recolección. Vivió en proceso continuo de recogimiento y conversión para escuchar la palabra de Dios que habla al corazón; para ser iluminada por Cristo, maestro interior, sin el cual el Espíritu Santo a nadie ilumina, y donde encuentra a los hermanos².

Dedicaba mucho tiempo a la lectura espiritual. Vivía con austeridad, espíritu de sacrificio y penitencia. Reflexiva y recogida, su espíritu de fe lo expresaba de un modo especial en la oración, que llevaba cada día a la vida. Escuchaba la voz del Espíritu, lo que le permitía leer los signos de los tiempos, afrontar las dificultades de cada momento, caminar con los pobres y aprender de ellos. Se esforzaba siempre por cumplir la voluntad de Dios y aceptaba gustosa lo que se le mandaba, porque en ello veía dicha voluntad.

El hecho de consagrarse al Señor por la profesión religiosa, el haberse mantenido fiel hasta dar la vida por la causa de aquel a quien consagró todo su ser, coronan su entrega incondicional. Tenía muy clara la necesidad de hacer la voluntad de Dios.

Su disposición y recogimiento en la capilla llamaban la atención. A veces dedicaba más tiempo del establecido por las constituciones de la congregación. Fomentaba el silencio como actitud de vida e invitaba a los demás a vivirlo. Decía que “el silencio nos disciplina, haciéndonos

² Cf. *Constituciones de las MAR*, 6.

esperar la respuesta de Dios”. El culto y adoración a la eucaristía eran en ella muy notables.

Cuando, por trabajo, no podía estar con la comunidad durante el tiempo de la oración, la hacía en otro horario. Rezaba durante sus viajes en barco y sus caminatas hasta las aldeas. Convidaba a los que la acompañaban a rezar el rosario en voz alta. Solía decir que sus largos viajes de autobús le servían para alabar al Padre contemplando la naturaleza, para leer y saborear la palabra de Dios y compartirla con los demás. Sentía una gran devoción por la virgen María y por los santos de la Orden.

Cleusa vivía en la presencia de Dios y siempre exaltaba la figura del Padre, lo que reflejaba en sus conversaciones, cartas y escritos. A través de todas estas manifestaciones, se consideraba de paso en este mundo caminando hacia él. “El Padre y la casa del Padre” aparecían con frecuencia en sus labios. Esta convicción de caminar “hacia la casa del Padre” era fruto de su diálogo profundo con él y con su enviado Jesucristo.

Este contacto le infundió la fuerza y el anhelo de participar en la cruz del Señor para completar su pasión. Cruz que asumía en sintonía con los sufrimientos de los pobres y marginados. La movía extender el Reino de Dios por encima de todo, por lo que afrontaba dificultades y arriesgaba su propia vida. Todo indicaba que vivía el espíritu de inmolación y entrega de sí misma al Padre y a los hermanos.

Su esperanza era la vida eterna. Confiaba plenamente en la misericordia divina y en los méritos de Jesucristo para nuestra salvación. Confiaba en el Señor que nunca

falla. No se desanimaba y buscaba los apoyos necesarios para los trabajos pastorales. Estos adquirían un sentido trascendente y los hacía en función del servicio a la obra de Dios, que no termina en este mundo, sino que se proyecta en la eternidad.

La palabra de Dios era el sustento de su vida. Llevaba una pequeña biblia en sus andanzas. La cita que más transmitía a los demás era esa de “es necesario que él reine” (1Cor 15,25), y desde allí orientaba a las personas. Vivía una libertad evangélica, por eso tenía una presencia especial. Vivió en profundidad la fidelidad y radicalidad del seguimiento de Cristo. Buscó encarnar en su vida los valores evangélicos. Era una mujer que sabía perdonar y siempre disculpaba a las personas que la ofendían. Sabía percibir la gratuidad de Dios en su vida.

Finalmente, es bueno advertir que en ella se advierte un progreso espiritual. Su talante le daba una cierta hermosura que edificaba y atraía a quienes se acercaban a ella.

Por lo que hemos podido ver, durante su vida se dedicó con esmero a los trabajos que la congregación y la Iglesia le confiaron. A través de la vivencia del carisma, buscó hacer vida el lema “dar solo a Dios el honor y la gloria”.

V. En el surco: para que él Reine

Siendo religiosa, trabajó en varias localidades y desempeñó diferentes oficios y cargos, pues siempre tuvo muy claro que los trabajos eran medios de evangeliza-

ción. En la misión de la Cruz, Río de Janeiro, de octubre de 1953 a febrero de 1954, se dedicó a la enfermería y catequesis.

En Lábrea, Amazonas, desde marzo de 1954 a abril de 1956, se desempeñó como directora, profesora y catequista de la recién erigida escuela Santa Rita. Fueron los primeros tiempos de la congregación en aquella misión, lejana, aislada, con gente pobre, enferma y explotada.

De mayo de 1956 a diciembre de 1958 vivió en Colatina, donde la congregación acababa de instalarse. Allí fue profesora y catequista, y visitaba a las familias, en especial a las más necesitadas, y a los enfermos de lepra.

De enero de 1959 a diciembre de 1965, en Vitória (Espírito Santo), estudia en la universidad, es profesora y catequista, y atiende a los necesitados.

De enero de 1966 a enero de 1970 regresa a Lábrea, donde presta su servicio como superiora, profesora y catequista. Dedicó mucho tiempo y esfuerzos a la pastoral, atendiendo a los indígenas y hansenianos.

De febrero de 1970 a julio de 1973 vive en el colegio de Vitória, donde trabaja como profesora y en la pastoral parroquial. Visita a los ciegos del instituto Luiz Braille de Espírito Santo y a los enfermos hospitalizados, entre los que buscaba sobre todo a los extranjeros por la dificultad del idioma o por no tener familia allí. También pertenece al grupo ecuménico, con quien se reúne frecuentemente para los cultos y estudios de la palabra de Dios.

De agosto de 1973 a enero de 1979 es profesora de orientación religiosa en el colegio estatal de Manaus,

Amazonas. A la vez realiza una intensa pastoral con los niños de la calle, drogadictos y encarcelados.

VI. Relación con otras Iglesias

Como se ha indicado, la hermana Cleusa mantenía mucha relación con los hermanos de otras confesiones religiosas. Cuando vivía en Vitória, participó en el GEFOR (*Grupo ecuménico femenino de oración y reflexión*), que se reunía semanalmente en una pequeña capilla en el Parque Moscoso, centro de la ciudad. Animaba a las religiosas a participar de estas reuniones y oraciones, alegando que el testimonio y la oración de una religiosa hacían mucho bien a católicos y protestantes.

Viendo la necesidad de abrir una casa en Manaus para asumir un nuevo frente de misión y ayudar a las hermanas de la misión de Lábrea, se le consultó si estaría dispuesta a formar parte de la nueva comunidad. Respondió inmediatamente: “Sí; todo lo puedo dejar arreglado mañana”. Se le insinuó: “¿Tan fácil lo ves? ¿Te acuerdas de que tienes compromisos con la diócesis?”. A lo que apostilló: “Sí, pero otra persona lo puede hacer. Mañana se lo comunicaré, sé que van a comprender que mi disponibilidad religiosa no puede estar condicionada por un trabajo, máxime cuando este no queda abandonado”.

Realmente no hubo inconveniente. Al contrario, fue un gran testimonio para la señora Clícia Siqueira Labrunie, esposa del Dr. Claude Emmanuel Labrunie, pastor presbiteriano, con quien trabajaba en el grupo ecuménico

nico. Así se expresó sobre la hermana Cleusa en cierta ocasión:

¿Extranjera?
Sí, soy cristiana.
Mi patria es más allá,
es la patria de Dios
donde añoranzas no hay,
ni lágrimas, ni dolor,
solo existe amor.

¿Forastera?
Sí, soy cristiana.
Posada no tengo fija.
Estoy siempre llegando,
quedando y partiendo.
Toda la tierra es patria
y la patria –tierra
extranjera,
en el cielo– la verdadera.

¿Peregrina?
Sí, soy cristiana.
Peregrina feliz,
nada tengo y nada soy,
el hogar abandoné.
En el Otro me perdí
y en él me encontré.

¿Extranjera? Sí.
¿Forastera? Sí.
¿Peregrina? Sí.
En camino de la Patria
estoy:
Cristiana soy.

VII. Su pAsión por los IndígenAs

Desde que retornó a Lábrea en 1979, y que sería la última vez, la presencia de Cleusa entre los indígenas es muy fuerte. Percibe toda la injusticia contra estos pueblos y es cada vez más consciente de que el Señor quería que estuviera junto a ellos. Sus cartas nos lo dan a conocer:

Piensen en nuestros hermanos apurina (pueblo indígena), cuyas tierras fueron invadidas y repartidas por el IN-



Hna. Cleusa visitando una familia indígena. Apuriná. Lábrea, AM, Brasil, 1982.

CRA (Instituto Nacional de Reforma Agraria)... Es tiempo de exigir a la FUNAI (Fundación Nacional del Indio) y a Brasil, para que su tierra sea demarcada... En nuestra prelatuza ningún grupo (nación, pueblo) indígena tiene área demarcada, a pesar de la ley 6001.

Contexto histórico del Code Lábrea

El secular sufrimiento del pueblo apurina coincide con la historia del extractivismo en el río Purús. La primera referencia histórica respecto a este pueblo se encuentra en el *Roteiro de Viagem* de Serafim da Silva Salgado por dicho río en 1852. Se vuelve a hablar sobre este grupo en el *Roteiro da primeira Viagem do Vapôr Monarcha* y se

lo cita como habitante de la región del río Purús bajo la denominación de *apolinas*.

Manuel Urbano de la Encarnación, en su viaje de 1861, relata que en el Purús encontró diecisiete poblados de los apurinas. Informa, además, de que este grupo ocupaba gran extensión en el alto Purús.

Joao Martins da Silva Coutinho, en su relación del viaje de 1862, describe que “del afluente Pacía hasta el Hyuacú, existían hypurinas distribuidos en gran número de poblados, ya sea en el río principal o en los afluentes... Es la tribu que presenta mayor número de habitantes”.

En 1871 el coronel Antonio Rodrigues Pereira Labre funda en el Purús, en tierra firme, un pequeño núcleo, y promueve un desplazamiento masivo de hombres provenientes del nordeste del país, que llegó a la región y a la localidad. El núcleo prosperó y pasó a denominarse Lábrea.

Los pueblos indígenas de esa región se vieron afectados por el sistema de extracción del látex y absorbidos por el estilo de vida de la población envolvente. Desarticulándose social y políticamente, se esparcieron a lo largo del río Purús.

Los coroneles del barranco son tristemente famosos por sus métodos violentos para conseguir la producción de caucho, maltratar y eliminar seringueros. Se generó toda una ideología para sostener esa situación y, evidentemente, se interiorizó un preconceito contra los verdaderos dueños de esas tierras: los indios apurina, paumari y jamamady.

Víctimas del desprecio y de la explotación de los blancos, sin escuelas ni atención sanitaria, se ven desamparados por la propia FUNAI, órgano gubernamental responsable de proporcionar todas las garantías a los pueblos indígenas y solucionar las situaciones de conflicto.

Entonces, los indios reaccionan y buscan conjuntamente una solución a sus problemas: tierra, salud, escuela, conflictos internos, etc. La primera reunión tiene lugar en 1979 en la Aldeia Paxiúba, con la presencia de los grupos indígenas asentados a lo largo del Purús. Los días 3 y 4 de octubre del mismo año, con presencia de indios apurina, kaxinauá, paumari y jarawara, se reunieron los jefes indígenas en el Lago Marraha. Allí se constató que los indios son víctimas de la explotación y que se les roba su derecho a poseer las tierras, tal como resumió uno de los participantes: “Vivimos expulsados de un lado para otro, como perro sin dueño”.

De gran importancia para los apurinas, del área indígena Caetetu, fue la reunión mantenida en esta aldea el día 28 de octubre del mismo año. Dicho día se eligió al jefe de los apurinas y a un ayudante para que lideraran el grupo, buscando mayor cohesión entre todos y la defensa de su derecho a poseer la tierra.

Hoy en día la ciudad de Lábrea es muy conocida por terminar allí la carretera llamada transamazónica, construida precisamente para facilitar la continuidad de las explotaciones en la región. Es un municipio con alto índice de enfermedades tropicales, ocupando el primer lugar de Brasil y el segundo del mundo en la hanseníasis.

La administración del municipio ha sido de tendencia capitalista, donde los ricos son cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres. Hasta nuestros días no hay preocupación por una mejor calidad de la vida de la gente y sí por el poder económico dirigido por un pequeño grupo que continúa explotando a la gente.

PartiCiPaCión de la Iglesia

Al finalizar el año de 1983 la prelatura de Lábrea, en su primera asamblea de pastoral, definió como líneas prioritarias de trabajo: las comunidades eclesiales de base, la pastoral indigenista, la pastoral de la tierra y los movimientos populares.

La hermana Cleusa se ofreció para trabajar en la pastoral indigenista, de modo que la congregación la liberó de otros trabajos y, en 1984, asumió definitivamente este trabajo junto con el CIMI (*Consejo indigenista misionero*) del Norte I de la *Conferencia nacional de los obispos del Brasil*, donde fungió como coordinadora de la sub-regional Purús.

VIII. LA ENTREGA FINAL DE SU VIDA

De febrero de 1979 hasta el día de su muerte, el 28 de abril de 1985, vivió en Lábrea. Allí desempeñó diferentes trabajos: directora de la escuela Santa Rita; profesora en el colegio San Agustín de los hermanos maristas; atención pastoral a leprosos, encarcelados y enfermos, además de la ya referida pastoral indigenista.



Hna. Cleusa con un grupo de indígenas en Lábrea, AM, Brasil, 1982.

Los conflictos entre indios y blancos aumentaban cada día, con muertes violentas por ambas partes. La hermana Cleusa vivía con serenidad, firmeza, coraje y preocupación, y se apoyaba en la fuerza de Dios que encontraba en los largos tiempos de oración. En uno de estos conflictos, los indios se armaron, decididos a matar a uno de los adversarios. Siendo ya de noche, la hermana Cleusa se dirigió a la aldea próxima a la ciudad y entabló diálogo con ellos. Ante su firmeza y mansedumbre, dejaron las armas, dando por finalizado el conflicto de aquel momento.

Su preocupación radicaba en conseguir el respeto a la cultura y la tierra de los indígenas. Quería que todo se

hiciese sin violencia. Ya en el año 1980 escribe al CIMI pidiendo que intervenga ante la justicia: “Los indígenas ya han puesto señal de guerra para quien avance en sus tierras”. Lucha para que se demarquen en paz, sin violencia... Pero alguien quiere acabar con el cacique Agostinho y con la hermana Cleusa.

Cleusa vivía esta tensión sin tener a quién recurrir, pues las autoridades competentes no hacían caso. La vieja táctica de atizar al indio contra el indio facilitaba el trabajo y la ambición de los blancos. También se oía decir que las autoridades, terratenientes, comerciantes y dueños de las plantaciones de caucho, la rechazaban, tal como relata un comerciante: “Aquí se vivía en paz. Con la llegada de la hermana, surgió este desorden”. Más tarde, una india apurina se desahogó diciendo: “Los policías tenían rabia contra la hermana, porque ella defendía a los indios... Ellos decían que un día iban a disparar plomo en ella”.

Para evitar mayores conflictos promovidos por los blancos entre los indios, con las orientaciones de la hermana Cleusa y de acuerdo con la FUNAI, el Tuxaua Agostinho decide desplazarse, con su familia, a un área distante de la ciudad y allí reconstruir su aldea y su pueblo, sin explotación de los blancos. Empezó por hacer las chabolas, plantar yuca, recoger castaña junto con unos pocos parientes.

Pero en una actitud de provocación y afrenta, desobedeciendo las órdenes de la FUNAI, algunos comerciantes entran en el área de Agostinho, acompañados de indios de otro grupo. Un mes después contratan a un

indio para que fuera a la aldea y matara a Agostinho y su familia. No lo encuentran en la casa y matan a la mujer y a uno de los hijos.

Los días anteriores al 28 de abril de 1985, la hermana Cleusa se entera de que hubo muertes en la aldea de la que Agostinho es el cacique. No se lo piensa dos veces y adelanta su viaje rumbo a la aldea, puesto que tenía previsto viajar allí en días posteriores. Por la noche se queda varias horas en la capilla. Teme que se rompa la paz.

El día 27 por la mañana, acompañada de Raimundo Paulo, yerno del señor Agostinho, marcha hacia la aldea para constatar la verdad de los hechos y hablar con el cacique, a fin de que mantuviera la paz y buscara la justicia. Llega a la aldea por la tarde y verifica los hechos. Apacigua los ánimos, habla con Agostinho y los demás de la comunidad para que no tomen represalias. Agostinho oye sus recomendaciones y acepta aguardar el retorno de la hermana, que va a la ciudad de Lábrea en busca de ayuda.

Al día siguiente, Cleusa emprende el viaje de regreso a Lábrea. Al cabo de dos horas de navegación por el río Pacιά, advierte que otra canoa viene contra corriente a su encuentro. Era Raimundo Podiven, de quien luego se supo que fue el autor de los crímenes en la aldea. La hermana hace parar su canoa, porque quería hablar con él; pero este saca un arma y apunta en dirección a la canoa de la hermana, quien dice a su acompañante: “¡Tírate al río y sálvate, porque tú tienes hijos que cuidar!”, lo que

hizo sin rechistar. Se oyeron voces, disparos y, minutos más tarde, silencio.

En la tarde del día 28 y en la mañana siguiente corre una noticia en la ciudad: “Mataron a la hermana Cleusa”. El conductor de la canoa que acompañaba a la hermana solo consiguió llegar a la ciudad en la tarde del día 29 y relatar los hechos al agustino recoleto fray Jesús Moraza, vicario episcopal en ese momento y actual obispo de Lábrea, y a la hermana Josefina Casagrande, superiora de la comunidad. A partir de ahí empieza la búsqueda, con la esperanza de encontrarla con vida.

Tras varios días de infructuosa búsqueda por el río Paciá, fray Jesús Moraza, con dos muchachos del pueblo, halló la canoa donde viajaba la hermana Cleusa. Al adentrarse en la selva, 50 metros detrás de un gran árbol, el fraile encuentra de bruces y totalmente desnudo el cuerpo sin vida de Cleusa. Aquel día, por motivos diversos, no pudieron recogerlo. Regresaron a Lábrea para comunicarlo a las autoridades, que desde el principio no hicieron mucho caso; más bien con su actitud retrasaron la localización y el transporte del cuerpo a la ciudad.

Al día siguiente, hacia las once horas, fray Jesús consigue trasladarse con una comitiva al lugar donde se encontraba el cuerpo de la hermana. Lo recogen, llegan a Lábrea al anochecer y lo dejan en el hospital para los consiguientes análisis. Estos muestran la brutalidad del asesinato:

Fracturas múltiples de costillas, traumatismo craneano, fractura de la columna vertebral y amputación traumática

del miembro superior derecho en 1/3 medio del antebrazo. Presencia de cuerpos extraños metálicos (plomo) en la pared torácica anterior y región lumbar.

Por eso el análisis concluye:

La causa de la muerte, probablemente, fue por traumatismo craneano, fractura de columna vertebral y por las heridas torácicas producidas por arma de fuego.

Acto seguido es conducido a la catedral, donde tuvo lugar una celebración. De ahí lo llevan al cementerio entre lágrimas, oraciones, cantos y muchas preguntas de la gente, que protesta con pancartas contra la FUNAI y contra los autores intelectuales del crimen. Así reconocían la lucha de la hermana Cleusa. Los indios que participan en la ceremonia se lamentan: “Ella era nuestra madre. Ahora, ¿quién va a cuidar de nosotros?”. Mientras tanto, en el bar de la ciudad, alguien conmemora el hecho con cerveza.

Al día siguiente del entierro, el 5 de mayo, se celebró el séptimo día de su asesinato. La catedral de Lábrea amanece adornada con una frase elaborada en grupo por los pobres de Lábrea: “Hermana Cleusa, madre de los pobres y oprimidos”.

IX. testimonios sobre la hermana Cleusa

“El martirio de Cleusa no aconteció al ocaso, pero fue la coronación de un itinerario de donación a Jesucristo y a su reino en la trilla de los más pobres” (Padre Giorgio Paleari, PIME).

“La hermana Cleusa fue una persona que marcó la vida del pueblo de Lábrea. Ella no medía esfuerzos para ayudar a las personas marginadas, pobres, niños abandonados y, de modo especial, los enfermos. Donde estaba una persona necesitando de su presencia, allí estaba ella” (Doña Luisa Freire, maestra en Lábrea).

“Yo estoy muy agradecido, porque hoy tenemos un terreno, un lugar bueno para nosotros. Hoy somos libres para entrar en el banco debido a la ayuda de la hermana Cleusa, que intervino buscando justicia para nosotros” (Señor Manuel, hanseniano de Lábrea).

“La hermana Cleusa luchó, conmigo, a favor de la demarcación de las tierras indígenas, pues hasta entonces vivíamos sin tierras demarcadas y, consecuentemente, sin lugar fijo para vivir” (Pedrinho, apurina de Lábrea).

“Los mártires siempre me impresionaron. No solo aquellos que, como san Ignacio de Antioquía, fueron molidos por los dientes de las fieras en el Coliseo de Roma; quemados vivos en tierras africanas; crucificados en Japón o muertos en todas las partes del mundo; como también nuestra hermana Cleusa que, con su sangre, no solo tiñó, sino que también bendijo, las abundantes aguas de la Amazonía” (Canónigo Maurício de M. Pereira, Vitória, ES).

“Gracias a Dios que hicimos caso de las palabras que nos dijo la hermana Cleusa de que no nos vengáramos de quien mató a mi mujer y a mi hijo. He perdido la mujer y mi hijo. Hoy tengo mujer, los otros hijos y nietos vivos. Si hubiéramos tomado la venganza, hoy no estaríamos ninguno” (Señor Agustín, jefe de la aldea, en Lábrea).

“¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?” (Lc 24, 32). Así fue mi experiencia junto a la hermana Cleusa. Sentía algo distinto: su paz transmitía la presencia de Dios, pues era una mujer de Dios. Tenía un gran equilibrio en el hablar y en el actuar, siempre con un mismo tono de voz, una presencia especial. Para con todas las personas tenía algo que decir al respecto de la verdad y de la justicia mirando a la paz. Muchas veces le he escuchado decir: ‘Mira, juicio, no vaya a hacer cosas malas, no haga daño a nadie; Dios nos quiere haciendo cosa buenas’” (Hna. Rosalina Menegheti, MAR).

“Cleusa echó la semilla, muy pequeña. Necesitamos echar agua, abono, para que la semilla crezca y sea un árbol fuerte y robusto. Cleusa ayudó a los pequeños a unirse para crear fuerzas y buscar sus derechos. Una paz donde hay injusticia no es paz. Hemos de seguir las pautas de la hermana Cleusa, que se comprometió con los más pobres en defensa de sus vidas amenazadas” (Homilía de fray Juan Cruz OAR, Manaus, 1985).

“La tarea que Dios ha confiado a ella la envolvía completamente, como un fuego ardiente en el corazón, imposible de ser contenido. Por eso, su vida no tenía fronteras, su corazón se hacía tienda donde pobres, drogados, marginados, prostitutas, encarcelados, hansenianos, indios, reposaban y consolaban sus dolores y desesperanzas” (Revista *Eco*, a los 25 años de su martirio).

“La hermana Cleusa tenía algo especial. Cuando pienso en ella me siento bien, no sé aún lo que significa, es algo más que admiración, es como si ella tuviese algo

que decirme. La vida de Cleusa realmente fue hermosa” (P. José Ricardo Zonta).

“Cleusa, tú ya hiciste tu Pascua... Dura, dolorosa... Mas valió la pena. Ahora eres realmente libre... Libre de las flaquezas humanas. Tu Pascua fue vivida en el día a día... Por eso fuiste capaz de ir al encuentro de los encarcelados, de los menores de la calle, de los ancianos, de los hansenianos, de los indios. Fuiste tan libre que fuiste capaz de cuestionar la sociedad opresora, ganadora, destructora de la vida. Fuiste capaz de cuestionar el presente y el futuro de nuestra congregación MAR. Fuiste libre, porque siempre supiste escuchar la voz de Dios... Y en aquel sábado de abril, fuiste libre porque escuchaste... Fuiste tan libre que te arriesgaste, que aceptaste comprometerte con los indios, los más necesitados. Aceptaste dar hasta perderte por el reino. Cleusa nos enseñó que el reino, la tierra sin males, es posible que se haga realidad. Por eso luchó con coraje, se colocó junto a los empobrecidos, fue coherente con la fe que abrazó, donó su vida, derramando la sangre en favor de la causa indígena. Cleusa, nuestra hermana mártir, ruega por nosotros” (Hna. M^a. Josefina Casagrande MAR).

“Cuando no la vi, más me sentí solo en el mundo. Estaba seguro de que iba a encontrarla. Lo que me dio paz fue ese deseo. Yo esperaba que en cualquier momento ella iba a aparecer... Dios me dio fuerzas para caminar. Con la hermana Cleusa yo atravesaba el mundo de un lado para otro. Hacía todo con amor, con calma y seguridad, con paciencia, sabía respetar” (Raimundo Paulo da Silva, acompañante de la hermana el día que la mataron).

“Conviene que muera un solo hombre por el pueblo, antes que perezca la nación entera” (Jn 11, 45-57). Así fue el caso de la hermana Cleusa. Después de su muerte, los indígenas continuaron buscando, con ayuda de la Iglesia a través del CIMI junto a las autoridades civiles, la demarcación de sus tierras. Resistieron no pocos problemas, pero llegaron a formar una organización para lograr los derechos propios de los indígenas contenidos en la Constitución brasileña. No solo fue demarcada la tierra de los apurina, sino también la de los paumarí, jarawara, juma, zuruahá y otros. Han conseguido también recursos para una mejor atención en la salud, autosustentación y educación. Son más respetados y valorados por la sociedad circundante, que ya ve la diversidad de culturas como un valor. Eso gracias al trabajo de la Iglesia a través del CIMI, que no solo trabaja la conciencia con los indígenas, sino también con la sociedad que los rodea. Los misioneros, padres, hermanas, laicos, continúan llevando ese trabajo junto a las comunidades, en las celebraciones y en las escuelas” (Rosalina Menegheti, MAR).

“Cleusa Carolina Rody Coelho tenía todo, porque no tenía nada. Sus únicos bienes materiales se reducían a lo imprescindible: apenas unas ropas de vestir y sus documentos. Esa era toda su riqueza. Por lo menos, riqueza tangible. Porque, además, tenía otra más difícil de medir, de apreciar, su inmensa bondad de corazón y su profunda fe en el redentor. Una fe que la llevó a entregarse en cuerpo y alma a la promoción humana y espiritual de las tribus ribereñas del Purús” (Revista *Pueblos del Tercer Mundo* 156 (1985) 13).

“Hermana Cleusa era una persona de mucha oración. Su manera de rezar conducía a otras personas a hacer lo mismo. La biblia era su instrumento de oración. Ella no solo leía, sino que rezaba en profundidad” (Hna. Dalvina Carminati MAR).

“La entrega de la hermana Cleusa no fue improvisada; ella se donó en el día a día, momento a momento, por defender la dignidad y los derechos de los indios apurina. Su asesinato fue la consecuencia de su entrega constante a favor de los indígenas y de los más necesitados. Ella era la voz de los sin voz. Su martirio ha sido el culmen de toda una historia, vivida y asumida para gloria de Dios, bien de la Iglesia y edificación de quienes con ella formamos la Congregación de Misioneras Agustinas Recoletas” (Hna. Rosa López, MAR).

X. El mundo de la hermana Cleusa (testimonio excepcional)³

El viernes, día 3 de mayo, me comunicaban una triste noticia de nuestra misión de Lábrea: ¡Han matado a la hermana Cleusa! Me quedé sin saber cómo reaccionar. Cuando finalmente pude hacerlo, lo primero que me vino a la mente fue el pensamiento de que la vida de la hermana no podía terminar de otra forma diferente a como terminó.

³ Fray Francisco Piérola OAR, Boletín de las hermanas Misioneras Agustinas Recoletas, año XX, volumen VII, núm. 59 (mayo-agosto 1985) 116.

Y es que la hermana Cleusa había cometido el mayor pecado, el que no estamos dispuestos a perdonar nunca, porque pone en peligro nuestras falsas seguridades como individuos, como comunidad religiosa y, en definitiva, como sociedad asida como lapas a sus intereses propios. Siempre tenemos muchas y muy loables razones para hacer que ese tipo de pecado no alcance a ser más que un virus cuyo antídoto se descubre desde el comienzo, para evitar que el mal se extienda.

La hermana Cleusa había optado por el evangelio en todo su radicalismo: quería de verdad seguir a Cristo hasta las últimas consecuencias. Y este fue su pecado: querer vivir el evangelio de una forma situada, que no es la nuestra, la de las componendas y acomodaciones que nos permiten vivir plácidamente al margen de los problemas de nuestro entorno. Ella quiso ver el mundo con los ojos de los que no son mundo, ese submundo de la marginación donde habitan los que tienen negada la voz en la sociedad. Este fue su lugar teológico.

Qué pudo ver la hermana desde aquel otero, desde donde contemplaba lo que la rodeaba, yo no lo sé. Pero me viene a la mente aquello que dijo el maestro: “Por sus frutos los conoceréis”. Y por sus frutos podemos intuir, sin riesgo de equivocarnos, que veía un mundo muy distinto del de nuestras preocupaciones y nuestras grandezas de papel de feria.

Su mundo en el que quería vivir, siguiendo al que no se puede seguir desde situaciones de privilegio. Era el mundo de la esperanza. Testigos de ello son tantos presos, drogadictos, leprosos, indios acorralados como si

fueran apestados, a quienes ella orientó, a cuyo lado se la veía en los momentos difíciles, por quienes combatió ante magistrados y policía.

Su mundo era un mundo de perdón y paz. ¿Quién escuchó, alguna vez, de sus labios palabras que expresaran el más mínimo resentimiento contra alguien? En su corazón tenían cabida todos: protestantes y católicos, comunistas y de derechas, los Hare Krishna y quien fuera. Todos eran, para ella, hijos de un mismo Padre y así los miraba a todos. Con todos ellos se entendía a la perfección; de ello yo mismo soy testigo. Muchos no comprendiendo su actitud o, precisamente por comprenderla y ver que daba en cara a sus particulares actitudes, la odiaban; ella, sin embargo, tenía para con todos palabras y obras dictadas por la bondad.

Su mundo era un mundo justo. Testimonio de ello son los sindicatos de agricultores y lavanderas que ella fundó, sin ir contra nadie, sino a favor de todos. En su corazón no cabía el rencor.

Su mundo era un mundo de fortaleza; siempre activa, participando en todo tipo de encuentros: culturales, pastorales, ecuménicos, de vida religiosa. La hermana Cleusa no se anquilosaba en el pasado, ni dejaba que los demás se anquilosasen: vivía con una perspectiva de futuro esperanzador y de renovación continua.

Su mundo era un mundo del reino de Dios. ¿Quién no ha quedado impresionado por su profunda y recia espiritualidad? Podía palpase en su vida que el reino de Dios y su justicia constituía el motor que ponía en movimien-

to su mundo. Era mujer de oración constante. Pero, nada de mojigatería. Todo menos eso.

¡Ojalá me fuera permitido mostrar la personalidad completa de la hermana Cleusa! Pero no es posible: resulta imposible retratar el alma de una persona. Sin embargo, afirmo que es la persona más excepcional que he conocido en mi vida. Una persona que consiguió conjugar en su vida aspectos tan ‘disparejos’ como una excepcional vida interior y una actividad difícil de imitar; una profunda fidelidad a la Iglesia y a su congregación y libertad total; una valentía varonil en defensa de los indefensos y una delicadeza exquisita para no ofender a nadie, ni siquiera de palabra; una preferencia por los pobres y el trato a nivel personal y oficial con los menos pobres; un pensar siempre en los otros, nunca en ella misma, y ¡de qué forma!: nunca hablaba de ella misma; jamás poseyó más que su ropa (¡y qué ropa!), su humilde ropa, y sus documentos, los necesarios para su labor. Aceptaba siempre los regalos que le hacían, pero no por ella misma: al día siguiente de recibirlos ya habían encontrado otros depositarios, a quienes aquellas dadas les eran más necesarias que a ella. Y todo esto, con la mayor naturalidad, como si no hubiera hecho nada.

Hermana Cleusa: ayudaste a los hombres, tus hermanos, a ser más, a encontrar su dignidad de hijos de Dios en un mundo que el Creador hizo para todos sus hijos. Y eso no te lo perdonarán quienes viven esclavos del propio interés a costa de los más débiles: porque supiste dar al pobre la ayuda necesaria para conocer sus derechos inalienables, los de todos los seres humanos,

y para saber defenderlos, las armas de la justicia, las que no matan, sino que consiguen para todos una vida mejor: para el explotador, ayudándole a encontrar el camino de la vida, el del amor al hermano; y para el explotado, que, viviendo el mismo camino, busca una más justa distribución de los bienes del mundo, comunes a todos, según la mente del Hacedor de todo, que, con razón, nos recuerda la Iglesia Madre.

Te dijeron que caridad es solo dar cosas... y tú no te lo creíste; así nos enseñaste a todos tu lección de amor.

XI. pRocesO de cAnonizAción

El 2 de junio de 1991, en la catedral de Nuestra Señora de la Vitória, de la arquidiócesis de Vitória, a petición de la congregación, se inició el proceso de canonización de la hermana Cleusa. En él influyen el clamor popular, que la reconoce como “mártir de la causa indígena”, y las manifestaciones de júbilo, peticiones de favores y estampas, marchas y caminatas en cada aniversario de su muerte, en especial en Vitória y Lábrea. De este modo, el pueblo humilde reconoce la fama de santidad que ya tenía en vida la hermana Cleusa y que fue confirmada con el acto heroico de ofrecer su vida en defensa de la paz y de los indios apurina. La sesión de clausura de dicho proceso tuvo lugar el día 25 de abril de 1993 a las 19,30 horas, al finalizar la misa en la catedral de Vitória.

En dicho proceso consta que la canonización de la hermana Cleusa contribuirá a mantener el espíritu mi-



Apertura del proceso de canonización. Vitória, ES, Brasil, 2 de junio de 1991.

sionero y el servicio a los menos favorecidos y servirá de ejemplo y de modelo a muchos jóvenes y personas que quieran dar sentido a sus vidas en medio de un mundo en el que se impone el confort y el materialismo.

La vida y la causa por la cual mataron a la hermana Cleusa impulsan a la Iglesia, sobre todo en la prelatura de Lábrea, al compromiso con los más necesitados. Allí, además de hablar de ella en las escuelas, comunidades, radio... con el apoyo de la parroquia, todos los años los cristianos realizan una caminata desde la catedral hasta la iglesia de Nuestra Señora de Fátima, donde reposan sus restos. Dicho recorrido se hace de forma celebrativa, con oraciones, proclamación de la Palabra, cantos, reflexión sobre temas de la vida cristiana como: el compromiso con los olvidados de la sociedad, la en-



El P. Romualdo Rodrigo, postulador de la causa, lacra las actas en la clausura del proceso de canonización de la sierva de Dios. 25 de abril de 1993.

trega, la lucha en favor de la paz y la justicia, la fidelidad a la misión de Jesús, la vivencia radical del evangelio, el sentido del martirio, el testimonio, de modo que la gente profundiza en su fe y vivencia cristianas. Termina con la celebración eucarística junto a la tumba de la hermana y la gente permanece allí, agradeciendo y pidiéndole favores.

La memoria de la hermana Cleusa sigue viva, no solo entre el pueblo, los indígenas de la región de Lábrea, sus misioneros, la Orden de los Agustinos Recoletos, la Congregación de Misioneras Agustinas Recoletas, el CIMI, sino también en la vida religiosa y eclesial, en las Iglesias particulares, especialmente de Vitòria, Cachoei-

ro y Lábrea. Tanto escuelas como comunidades realizan actividades varias y publicaciones donde se la presenta como mártir, la recuerdan con frecuencia, la tienen como protectora y, sobre todo, cada año celebran su vida, su valentía, su donación. Por eso pensamos que la sangre de los mártires es semilla de nuevos cristianos, pues “nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos” (Jn 15,13).

Por sus es Critos

fRASes de IA heRmAnA CleusA

“Comprometerse con el indio, el más pobre, despreciado y explotado, es asumir firmemente su caminar, confiando en un futuro cierto. ¡Vale la pena arriesgarse!” (Relatório do Sub-Regional-CIMI – 06/04/85).

“Diariamente renuevo los votos al Señor y espero seguir haciéndolo mientras viva. Son oraciones, sí, lo que nos hace falta para un seguimiento radical al Señor”.

“Soy pobre por opción y me siento feliz viviendo como tal”.

“Para mí esto es muy importante: buscar que se transparente siempre el ser, lo único que permanece”.

“Tenemos que construir fraternidad. Es necesario. Pero la justicia tiene que estar en la base de toda convivencia humana”.

“Alguna cosa está sucediendo en la aldea... Ellos me están necesitando... Mi misión es estar... Necesito ir allí... Voy allá... Vosotras rezad”.

“La encarnación en este mundo es la meta para alcanzar la identidad con Cristo”.

“Tenemos que aceptar nuestras muchas limitaciones, las limitaciones de nuestro prójimo y procurar en nuestra vida la perfección de la obra que el Señor nos confió, siendo colaboradores. En esto nos anima

saber que todo es providencial. Alegrías y dolores son llamadas del Padre para que participemos del misterio pascual”.

“¡Qué felicidad poder servir al pueblo de Dios, ser útil a aquellos que vivían abandonados y adonde iban los misioneros! ¡Y qué grande pertenecer nosotras a esos enviados del Señor!”.

“Para el indigenista queda la riqueza de la convivencia fraterna (¡cómo sabe com-

partir el indio!) y la seguridad de que vale la pena apoyar la causa, ponerse al lado de los más despojados, ¡pues en él, el Señor se hace presente!”.

“¿Quién sabe si esto podrá ser útil a alguien distante, despertar ansia misionera en corazones inquietos, preocupados con el más allá de este mundo del Padre, cuyo nombre Cristo nos enseñó que debe ser glorificado? Estar al servicio de los más necesitados, convivir, ser hermana de todos... ¡Qué belleza!”.

CARtAs de lA heRmAnA CleusA

Lábrea, 15 de septiembre de 1979 (a la hermana Lourdes)

El día 13 viajaron las noticias. Pretendíamos mandar con ellas el trabajo que usted pidió sobre el Educandario. Ayer Teresa terminó de copiarlo a máquina y seguirá mañana, si Dios quiere. La copia irá para la madre Rosa, en España.

No sé si no fui bastante clara como pensé en la carta que le escribí. Lo cierto es que actué con conciencia, asumiendo la responsabilidad de lo que hacía, como persona adulta. Lamento que Roberto haya recaído y sufro, pues es mi hermano. Dios no me pide que juzgue al prójimo, sino que lo ame. De momento

está en Cachoeiro, trabajando. Me gustaría que acertase en la vida y fuese feliz. Es joven y sufre, como tantísimos otros, las consecuencias de un sistema socioeconómico inhumano. Parece que aún entendemos muy poco de esto. Sí, ¡recemos y abramos el corazón a los más necesitados, como Iglesia de Cristo!

Una feliz fiesta de nuestro padre san Agustín, y que, ahí como aquí, crezcamos en el amor. Por María, fraterno abrazo y amistad, Cleusa.

*Calima, 6 de enero de 1981
(a la hermana Lourdes)*

Hoy terminamos la parte de Misionología, que fue fabulosa. El curso está siendo estupendo y nosotras sentimos que no estemos todas las MAR participando. Creo que nació una nueva conciencia misionera en nosotras. Esperamos que produzca el necesario cambio, en profundidad, y buenos frutos

en el próximo capítulo. Anoto todo lo que puedo, ¡pensando también en las que ahí quedaron! Quien no nos dio el curso fue un misionero de La Consolata (P. Bonanomi), actualmente en Colombia. Cristología y Mariología fueron dados por un padre secular colombiano y también fueron muy buenos.

El día de Navidad (víspera), Tutú nos dio los regalos enviados por usted. ¡Fue una alegría! Que Dios le pague por el delicado recuerdo. Inmediatamente después del día de Navidad salimos para aquí (Calima), durmiendo en Restrepo, donde tenemos hermanas. El día primero por la tarde tuvimos libre y fuimos a Cali, regresando al día siguiente. Ya habíamos estado allí el día 26, pues no está lejos de aquí. Conocimos el convento, muy antiguo y bonito. Nuestras hermanas viejitas, ¡tan queridas y atentas! Estuvimos también en el colegio, una belleza en todo

sentido. Solo que no me gustaría vivir allí, como misionera. El menor peligro de ciertas obras es la acomodación, por lo bien que se está en ellas. Dentro de la Iglesia misionera, nuestra vocación misionera nos impulsa al más allá, a ser hombre de camino, peregrino, sin fronteras, realizando por las palabras y la vida ¡la evangelización liberadora!

Hoy llegó fray Oldfield, que nos dará agustinología. ¡Simpático! Para el día 17, si Dios quiere, habremos terminado. Cecilia pretende llevarnos hasta Pasto y Ecuador, como también a Casanare. Así, aún quedaremos un poco más por aquí, ¿sí?

Hoy, fiesta de los santos Reyes, manifestación del Señor a todos los pueblos: ¡Día de compromiso con la misión! Renovemos nuestra disponibilidad, con la protección de María, estrella de la evangelización. Un fuerte abrazo y oraciones. Cleusa.

P. D.: Saludos de madre Elisa. Ella le escribió hace poco, hermana Lourdes. Paz, hoy, fue a pasear y no está aquí en el momento. Pero está bien y contenta. Vale.

*Lábrea, 3 de febrero de 1982
(a la hermana Josefina)*

Era para que la carta saliera hoy, pero ahora, ¡solo el jueves, si Dios quiere! Terminé olvidándome de escribir temprano.

¿Cómo está usted? ¿Y la vida, viéndola? ¿Se acuerda de Fabiano? Aquí estamos cuatro, cosa rarísima, con la llegada ayer de Paz y Geralda. Ciertamente, también sufrió. Los fallos en la comunicación traen problemas. Por la mañana, esperamos la llegada de Glorinha y Rosalina. Después, Catarina y Socorro, para el postulante. Parece que Alcaide, de Canutama, quiere venir para acá, según dicen las hermanas que llegaron. ¡Que Dios quiera que

aprovechen bien el tiempo de preparación y perseveren en la vocación MAR!

Y por hablar de vocación, estoy celebrando hoy treinta años que viene para el convento. ¡Agradecemos al Señor, que nos escoge, envía y conversa, por bondad!

Su situación en relación a la SEDUC, ¿cómo está? ¿No sería bueno mantener el vínculo, usted que tanto ama las misiones, reasumiendo, aún en Manaus, donde podría seguir estudiando? Tuve que recomenzar todo, en 1973, por ignorar las leyes. Esté alerta.

Estuve en Humaitá, participando de la asamblea indigenista de nuestro regional. Fue una buena experiencia, que capacita para servir mejor a los hermanos indios. Vivimos en el Amazonas: ¿por qué no pensar y actuar seriamente en la pastoral indigenista, tan necesaria y desatendida, en la prelatura? ¿No somos MAR? ¡Cuestione a la familia, ahí! Al

final, ¿dónde está la preocupación misionera, el 'más allá', que urge?

Siempre que pase por Cachoeiro, acuérdesese de los hermanos que están allí, ¿sí? No sé de la situación actual de Ana Lúcia. Recemos.

Un abrazo extensivo a todas nuestras hermanas. En Cristo, amistad y comunión de oraciones. Cleusa.

*Manaus, 22 de mayo de 1982
(a la hermana Lourdes)*

Todavía en Lábrea, recibimos los encargos traídos por el P. Úriz de ahí. ¡Dios les pague! El martes, día 18, llegamos a Manaus, con la hermana Anna, que aquí está haciendo la visita. Y como Marfiza viajará el miércoles, si Dios quiere, aprovecho para escribirles.

Por fin está saliendo la licencia especial, y el plan es llegar hasta Espíritu Santo, en breve. Estuve haciendo

unos análisis de laboratorio, para aprovechar el Instituto, y el lunes ya estarán preparados. De Cachoeiro, han pedido que les haga compras en la zona franca. Hemos hablado por teléfono y todos están bien, gracias a Dios.

En Lábrea, la comunidad creció: somos siete, con dos postulantes. Más entusiasmo y mayor participación en la pastoral misionera. Hace dos años que terminamos el año con apenas dos religiosas de comunidad y esto no está bien.

No sé si le conté el viaje hecho con fray Jesús Moraza, visitando la gente del río Sepatiní, afluente del Purús. Fue la primera experiencia muy válida. Llevamos dos semanas sintiendo de cerca la vida de los caucheros e indios. Muy bueno participar del sufrimiento de los hermanos. Aunque en las misiones vivimos en otra esfera. Desconocemos la dureza de la vida de la mayoría del

pueblo. Hace mucho vengo pensando en la necesidad de que se abran nuevos caminos de evangelización, dentro de la opción por los pobres y por la justicia, en América Latina. ¡En la vida hay siempre el peligro de instalación en lo bueno y de olvidarse del más allá misionero! ¡Y somos doblemente misioneras las MAR! Mañana, fiesta de la congregación, que nuestra madre Esperanza interceda por nosotras, también por las vocaciones.

Santa Rita fue muy bien celebrada en esta iglesia hoy. Fiesta también en Lábrea y en Tapauá. Una vida admirable y ejemplar.

Dé noticias para Espíritu Santo, ¿sí? Para usted, madre Rosa y todas nuestras hermanas, un fuerte abrazo y oraciones. Que el Espíritu, en el próximo Pentecostés, derrame sus dones sobre todas. En él, fraterna amistad, Cleusa.

Lábrea, 27 de noviembre de 1982 (a la hermana Rosa López, superiora general)

Felicidades por el próximo cumpleaños, y ¡que las bendiciones del Señor sean siempre más copiosas en su vida!

Estaremos rogando por su felicidad, puede estar segura.

Con fray Jesús Moraza estuve visitando las comunidades del Purús ('desobriga'), de Capacini a Boa Unión, llegando después hasta Pauní, donde vive fray Mario Sabino. Fue una experiencia inédita, oportunidad de ver, sentir y vivir un poco lo cotidiano de nuestros hermanos. En Pupuri existe actualmente una misión evangélica. De aquí queda a más de un día de viaje. ¡bamos cuestionando el fray y yo si no ha llegado el momento de que partamos para nuevos puestos misioneros, aunque sean provisionales. La población, a lo largo del río, y en los centros, sigue víctima de la explotación, sin Navidad, en continuo Adviento. Pienso

en la visión de san Pablo, en aquel macedonio implorando ayuda. ¿No le vamos a extender la mano? Un proyecto distinto, ¡creo que contaría con voluntarias entre las MAR! Piense a la luz del Espíritu.

Por el Boletín sabemos de su ida a Argentina. ¿Cuándo nos visitará? ¿En seguida? Estamos esperándola.

Las hermanas están bien. Catarina y Socorro, la semana que viene, irán de vacaciones. Están animadas. Mañana, primera comunión de ciento cincuenta niños. Hoy, clausura del encuentro de dirigentes de las comunidades. La mayor parte vino con nosotros, cuando bajamos de Pauní, en el barco. En el colegio, fiesta de los que han concluido la educación integral. Glorinha está allí fuera, muy ocupada.

Un fuerte abrazo para usted, familiares, hermana Lourdes y toda nuestra familia. Cuente con nuestras oracio-

nes y amistad, y ¡prepremos todas las venidas del Señor! Fraternalmente, Cleusa.

Lábrea, 7 de noviembre de 1984 (a la hermana Lourdes)

Su postal de 16/IX/84 está aquí, esperando respuesta. Para esto he buscado los Imares de este año, pues con

tantas salidas y estando ya guardados, ¡no los había leído! Me gustó el contenido. El resumen de los cursos, experiencias vividas ahí, son igualmente válidas para nosotras, además de las noticias de nuestras casas y hermanas. ¡Adelante! También está muy bien el Imarco. Creo que el reducido número que somos en Brasil, y el mucho trabajo, nos



Sexta caminata de oración en memoria de la muerte de la Hna. Cleusa desde la catedral hasta la iglesia Ntra. Sra. de Fátima, donde están sus restos mortales. Lábrea, AM, Brasil, 1991.

quita el tiempo necesario para la reflexión, ¡que podría hacer nuestro I marbra más enriquecedor! Actualmente he procurado colaborar más.

Por el Boletín, caí en la cuenta del decimosexto centenario de la conversión de nuestro padre san Agustín. ¡Qué belleza! ¿Por qué no preparar la fiesta abriendo una casa en África, tan necesitada de ayuda? “Extiende tu caridad...”. Hemos comentado esto aquí y quedé en escribirles. Pase el recado para la madre Rosa, ¿sí? Me alegré mucho con su firma en la postal. Dígale que Brasil tiene una gran deuda con África y no faltarán voluntarias MAR para allí.

Acabo de escribir a la hermana Anna. En la visita, hablamos de cambio de casa y de otras actividades, pero vemos acabarse el año y ninguna nueva perspectiva. ¿Cómo planificar, sin saber con quién contar y lo que se podrá asumir? Personas y tiempo son importantes. No podemos

decidir por otras, sin participación. ¡Asimismo en el caso de la casa! Si vamos a continuar con el colegio, hay quien prefiere vivir en el colegio. En caso de otras actividades, como quedó previsto, ¿no podrían algunas hermanas iniciar la inserción en un barrio? Sería una alternativa.

En la pastoral indigenista busco hacer lo posible. Falta apoyo, faltan recursos. He escrito que, si todo depende de los pies del misionero, ¡estupendo! Pero la realidad amazonesa nos presenta distancias fabulosas y los ríos continúan siendo nuestros caminos. Piensen con nosotros desde ahí. Piensen más en la urgencia de intercambio misionero, pues somos MAR, a nivel de congregación.

A Blanquita dígale que escriba ¡aun sin respuesta! Un fuerte abrazo para ella, para usted y para toda la familia. Cuenten con nuestra fraterna amistad y oraciones diarias en Cristo, Cleusa.

3

hitos de una vida

-
- | | |
|--------------------|---|
| 1933, 12 noviembre | Nace en Barra de Itapemirim (Espíritu Santo, Brasil) |
| 1935, 7 julio | Es bautizada en Barra de Itapemirim |
| 1944 | Hace la primera comunión |
| 1951 | Confirmada por Mons. José Álvarez |
| 1951, 22 noviembre | Accede al título de maestra |
| 1951, 25 diciembre | Es presentada como candidata a las MAR |
| 1952, 4 febrero | Inicia el postulante en Isla de las Flores (San Gonzalo, Rio de Janeiro, Brasil) |
| 1952, 2 octubre | Inicia el noviciado en Isla de las Flores |
| 1953, 3 octubre | Emite allí la profesión simple, pasándose a llamar María Angelis Coelho de San José |
| 1953-1954 | Ejerce como enfermera y catequista en la Misión de la Cruz (Río de Janeiro) |
| 1954-1956 | Ejerce como directora, profesora y catequista en Lábrea (Amazonas, Brasil) |
| 1956-1958 | Ejerce como profesora y catequista en Colatina (Espíritu Santo) Visita familias necesitadas y leprosos |
| 1958, 3 octubre | Emite la profesión perpetua en San Silvano, Colatina |
| 1959, enero | Es destinada a Vitória (Espíritu Santo), donde estudia en la universidad, ejerce como profesora, y visita a los más necesitados |
-

1964, diciembre	Se licencia en Letras Anglo-germánicas por la Universidad Federal de Espírito Santo
1966-1970	Es destinada a Lábrea. Compagina tareas educativas con la atención a indígenas y hansenianos
1968	Finaliza el curso superior de religión en Vitória
1970-1973	Regresa a Vitória. Atiende a los enfermos extranjeros y se une al grupo ecuménico GEFOR
1972	Finaliza sus estudios de teología
1973	Es destinada a Manaus, Amazonas. Trabaja en un colegio y atiende a niños de la calle, drogadictos y encarcelados
1979, febrero	Regresa a Lábrea. Dirige la escuela Santa Rita y trabaja en la pastoral indígenista
1984	Asume definitivamente la pastoral indígenista y coordina la Sub-regional Purús
1985, 28 abril	Es asesinada en el Río Pacià por Raimundo Podiven
1985, 29 abril	Comienza su búsqueda; su cuerpo, desnudo y sin vida, se halla días más tarde
1985, 04 mayo	Funeral y entierro en la catedral de Lábrea
1991, 02 junio	Se inicia el proceso de canonización en la Catedral de Nuestra Señora de Vitória
1993, 25 abril	Se clausura el proceso en la misma catedral
